

Es para mí un honor y una enorme satisfacción que mi colega y amigo Fernando Garrido me haya propuesto que prologue su libro “¿Quién mató a Jesús de Nazaret?”.

Jesús de Nazaret es para mí el personaje más importante de la historia. Muchos personajes han dejado en ella su impronta, más o menos positiva, más o menos perdurable. Pero ninguno ha cambiado el mundo como él, poniendo las bases de una auténtica y continua evolución ética de la que todavía estamos en proceso. Como cristiano, sé que el cristianismo es mucho más que una ética. Es el encuentro íntimo personal con Jesús, Dios encarnado, el Cristo, que te cambia la vida. Y es este encuentro el que te hace ser parte activa de esa evolución. Pero incluso para aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que no lo ven como Dios, es un personaje admirable y que es capaz de mover lo mejor de ellos mismos.

Pero, quizá lo más sorprendente del inicio de esa evolución es que en sus principios pareció un estrepitoso fracaso. Sólo anunció su mensaje durante dos años escasos, tras treinta años de una vida oculta y, aparentemente, anodina. Y tras ese breve periodo de predicación oscura su vida terminó truncada por una ignominiosa condena a muerte y una terrible e infamante tortura reservada por los romanos a los peores malhechores y expresamente maldita para los judíos. El Deuteronomio dice: *“Si un hombre es condenado a muerte por su pecado y muere colgado de un madero [...] pues el que cuelga del madero es maldito de Dios”*. Hasta el punto de que los primeros cristianos no se atrevían a usar la cruz como símbolo del cristianismo. Era para ellos como sería ahora para nosotros reverenciar a alguien que había muerto en el antiguo garrote vil en el que morían los asesinos en España antes de la abolición de la pena de muerte.

Nadie vio su resurrección, sólo la tumba vacía en el Domingo de Pascua era el signo al que se podían agarrar sus incrédulos y cobardes discípulos hasta que se les apareció ese mismo día a algunos de ellos y, luego, paulatinamente, al resto. Pero eso –junto con la bajada del Espíritu Santo en Pentecostés– les dio fuerzas para ir por todo el mundo anunciando la Buena Noticia –el Evangelio. Y el fuego que recibieron en sus corazones –*“¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?”*, se decían los discípulos de Emaús tras caminar

con él un rato en la tarde del Domingo de Pascua— incendiaba a su vez los corazones de los que los oían. E, incendiados, les impulsaba también a éstos, que no le habían conocido, a transmitir su mensaje —el kerigma aunque ello supusiese el martirio. Así, esta cadena de incendios ha llegado hasta nosotros. Así, hasta mí. Así, hasta miles de millones de personas en el mundo hoy. Así, hasta los corazones de los cristianos que, aún hoy, no dudan en entregar su vida al martirio por el mensaje.

Y, sin embargo, cuando uno lee los Evangelios, se queda con hambre. A uno —a mí, por lo menos— le gustaría que fuesen más detallados, más explícitos, que nos contasen más de la vida de Jesús, de sus conversaciones con él junto al fuego de una hoguera nocturna, de su aspecto, de su carácter, de su vida oculta de... *“Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir”*. Así termina el Evangelio de san Juan. Y siempre que leo este pasaje se me viene a la cabeza algo que podría considerarse una irreverente protesta: “Y, ¿Por qué demonios no nos lo contaste?”. Dios tendrá sus caminos, pero, ¡cómo me gustaría que me hubiesen contado más!

Por eso, a lo largo de la historia, muchos buenos cristianos, con magnífica intención y con resultados de mayor o menor calidad, han intentado llenar esas lagunas, con fidelidad a lo poco que se dice. Lo han intentado como haría un buen director de cine que pretende narrar una historia que se quede en la retina y en la memoria de los que vean su película. Hay cientos, tal vez miles, de novelas, estudios, películas que se esfuerzan en ello, concentrándose en una u otra parte de su vida. Es difícil encontrar alguna novedad en este bosque.

Y es aquí donde entra el libro de Fernando Garrido. He leído muchos de esos libros y visto muchas de esas películas. Pero debo decir que nunca he leído un relato documentado y claro de su juicio. O mejor dicho, de sus juicios, porque tuvo, al menos, tres. Fernando Garrido nos ofrece ese relato de forma magistral, supliendo con sus conocimientos las lagunas que se puedan echar de menos en los escuetos relatos evangélicos. Porque lo ofrece desde su óptica de cristiano apasionado, claro —él es otro más de la cadena que transmite el kerigma—, pero

también como jurista que analiza fríamente el proceso. No en vano Fernando es socio fundador de un despacho de abogados y es profesor de Derecho Procesal en la Universidad Francisco de Vitoria. Es decir, es un experto en analizar los pormenores de un proceso judicial, su seguridad jurídica, su garantismo o sus atropellos y lagunas. Como experto en derecho procesal, nos guía con mano de maestro a través de ese laberinto. Pero, como magnífico profesor, antes, pone en contexto a sus lectores de la situación histórica y política y de los personajes que participan en él, como jueces, como testigos, como acusadores o como meros espectadores. Defensa no tuvo. Ya lo anunció seis siglos antes el profeta Isaías:

“Sin defensa ni justicia se lo llevaron y nadie se preocupó por su suerte”.

Y el libro de la Sabiduría:

“Probémoslo con ultrajes y tortura: [...] Condenémoslo a muerte ignominiosa”.

Su suerte estaba echada antes del juicio para que acabase colgando en un madero. Es a través de esos terribles juicios por los que nos lleva con mano firme, sabia y piadosa el autor de este magnífico libro. Y a través de sus líneas nos acerca al encuentro personal con Jesús de Nazareth. Disfrutad del privilegio de leerlo.

Tomás Alfaro Drake

Profesor de Finanzas y Teología de la Universidad Francisco de Vitoria.

I.- INTRODUCCION

Desde hace siglos, han sido muchos los trabajos que han tratado de analizar el período que conocemos como de *la pasión y muerte de Jesús de Nazaret*, tanto desde el punto de vista teológico, como histórico, social, político, jurídico o incluso mitológico. Sin embargo, el proceso a *Jesús*, o quizás mejor dicho, *los procesos a Jesús*, nunca han dejado de tener actualidad. Probablemente, porque todavía no se ha conseguido una respuesta clara y concluyente, y mucho menos unívoca, a una serie de preguntas que cristianos y no cristianos se hacen en relación a unos hechos que cambiaron para siempre la historia del mundo:

¿Quién ordenó la detención de *Jesús*? ¿Quién lo detuvo? ¿Quién lo juzgó? ¿Quién lo condenó? ¿Fue un juicio justo?.

Tales preguntas surgen, sin duda, de la inquietud humana por conocer, por hallar respuestas. Pero sobre todo, por conocer la verdad.

Es cierto que cuando hablamos de *Jesús de Nazaret* hablamos de creencias y sentimientos personales, y precisamente por ello, debemos acercarnos a los hechos que rodean el proceso y muerte de *Jesús* con respeto y honestidad y, en la medida de lo posible, imparcialidad. Por tales motivos, desde esas premisas vamos a analizar histórica pero también jurídicamente una causa penal que culminó con la condena a muerte en la cruz de un hebreo llamado *Jesús*, hijo de *María* y de *José*.

Un hecho, que para muchos fue una mera crucifixión pero para muchos otros, un *Deicidio*.

Es probable que algunos lectores no compartan el análisis ni las conclusiones que se reflejan en este trabajo. Si es así, espero que sea porque lo han revisado críticamente y han sacado sus propias deducciones, que es precisamente lo que se pretende con este estudio.

Las respuestas o hipótesis que se leerán en esta monografía, devienen de la consulta de numerosos textos históricos y jurídicos, normalmente muy generalistas, pero también de otros textos que representan y son el corazón de la fe cristiana: los llamados *Evangelios canónicos* (*Mateo, Marcos, Lucas y Juan*).

Ciertamente, al margen de ellos no hay textos históricos, y mucho menos legales, que puedan servir de guía irrefutable para el análisis detallado de esta *Historia* de la historia. Y es verdad que cada *Evangelio* [del latín, “buena nueva”], presenta matices que en algunos aspectos los hacen diferentes unos de otros, pero también lo es que concuerdan en lo esencial hasta el punto de que se compenetran y compaginan, completando entre todos la narración de los hechos que se pretenden transmitir.

Los *Evangelios canónicos* son los que la Iglesia reconoce y admite como los que transmiten legítimamente la tradición apostólica al estar directamente inspirados por Dios. Así lo formuló expresamente *San Ireneo de Lyon* a finales del siglo II y así lo ha mantenido firmemente la Iglesia, proponiéndolo definitivamente como dogma de fe al admitir el *canon* de las *Sagradas Escrituras* en el *Concilio de Trento* (1545-1563). Son unos textos que nos narran episodios

de la vida de *Jesús*, sus discursos, sus milagros y cómo no, su muerte y posterior resurrección, que se consideran auténticos por haber sido escritos por aquellos que conocieron y trataron a *Jesús* personalmente, o al menos tuvieron contacto directo con sus discípulos y seguidores.

De los cuatro *Evangelios*, los de *Marcos*, *Mateo* y *Lucas* son llamados *Evangelios “sinópticos”*, porque en sus similitudes pueden ser leídos juntos, o mejor dicho en su conjunto, de modo que pueden encontrarse entre ellos referencias y frases idénticas, con una disposición histórica prácticamente igual. Los tres se centran en los hechos acaecidos en *Galilea*.

Por su parte, el *Evangelio* de *Juan*, quien se atribuye a sí mismo el ser ‘*el discípulo a quien Jesús más amaba*’, es muy diferente a los anteriores. De hecho, en su narración *Juan* nos muestra al *Jesús* más humano.

Ciertamente, cada *Evangelio* da una mayor o menor categoría a determinados aspectos de la vida de *Jesús*, seguramente en función de los lectores a los que se dirigían, el contexto en el que fueron escritos y, por supuesto, según la propia relación que cada uno de los autores pudo tener, directa o indirectamente, con *Jesús*. Y esa es precisamente su riqueza.

Según los estudiosos bíblicos, el primer *Evangelio* en aparecer fue el de *Marcos*, redactado en *griego* en torno al año 70 d.C., posiblemente en la ciudad de *Roma*. Sus narraciones se sustentan sobre la tradición oral y algunos escritos en lengua *aramea*, siendo el más breve de todos los *Evangelios*. No narra el nacimiento de *Jesús* ni su infancia, sino que comienza con el *bautismo* de *Jesús* por *Juan el Bautista*.

Por su parte, el *Evangelio* de *Mateo*, de quien sabemos fue *un publicano*, es decir, recaudador de impuestos y por tanto despreciado por muchos, es el más largo de todos los *Evangelios*. Probablemente escrito hacia el año 80 d.C, y basado en gran parte en el de *Marcos*, nos narra la vida de *Jesús* desde su nacimiento e infancia, incluyendo episodios como *la huida a Egipto* y *la matanza de los inocentes*, hasta la resurrección, a través de los sermones, las parábolas y los discursos de *Jesús*.

En cuanto al *Evangelio de Lucas*, la narración más extensa de los cuatro *Evangelios*, se inicia con los nacimientos de *Juan el Bautista* y del propio *Jesús*, recordando profusamente su infancia y su relación con *María* y *José*, con destacables referencias a otras mujeres como *Marta* y *María Magdalena*, extendiéndose hasta la pasión, muerte y resurrección. En realidad, *Lucas* narra la vida de *Jesús* como si fuera un auténtico historiador.

Fue probablemente un hombre de cultura *griego-helenística*, para muchos un pagano de origen, que al no haber tenido experiencias inmediatas en relación a las vivencias de *Jesús*, buceó en los textos y en las experiencias de sus antecesores.

En todo caso, el *Evangelio de Lucas* destaca por la atención que presta a los pobres, los necesitados y los oprimidos, a través de unos textos escritos probablemente a finales de los años 80 d.C.

Por último, en cuanto al *Evangelio de Juan*, escrito en griego, posiblemente lo fue en torno al año 90 d.C. una vez destruido el *Templo de Jerusalén*, época en la que los seguidores de *Jesús* de origen judío fueron oficialmente expulsados de las sinagogas. Para muchos, este *Evangelio* busca la propia identidad de la comunidad *judeo-cristiana*.

A diferencia de los *sinópticos*, el de *Juan*, como hemos dicho antes, se centra en la identidad humana de *Jesús*, sus emociones y sus sentimientos, pero sin ceder un ápice en el análisis de la identidad teológica de *Cristo* y su promesa del *Reino de los Cielos*. Es un *Evangelio* que fija su atención fundamentalmente en los hechos que tienen lugar en *Jerusalén*, destacando por su lenguaje esencialmente simbólico.

Sin embargo, según hemos señalado, al margen de los *Evangelios* existe una notable carencia informativa, y no nos cabe duda de que su causa está en que en aquella época, en los inicios del siglo I de nuestra era, *la pasión y muerte de Jesús* no despertó apenas interés para los habitantes de *Judea*, y mucho menos para los romanos, porque sin duda fue uno de tantos procesos y una de tantas crucifixiones.

No obstante, los *Evangelios* son el testimonio esencial. Si bien, al análisis recogido en esta obra ayuda sobremanera el haber recorrido aquellos lugares sagrados.

Efectivamente, hace ya unos cuantos años, quien esto escribe realizó un viaje a *Tierra Santa* en peregrinación con el *Capítulo de Caballeros del Santo Sepulcro de Toledo*. No fue un viaje cualquiera porque la que llamamos *Tierra Santa* es sobre todo, nuestro origen, nuestra tierra y, en cierto modo, nuestro destino.

Tocar y pisar aquella tierra, sagrada para cristianos, judíos y musulmanes, es saborear y oler el perfume de una historia, de unos hechos, que cambiaron el mundo. Porque allí nació todo.

Como prueba de la transformación que muchas personas, creyentes y no creyentes, pueden experimentar al visitar aquellas tierras, me van a permitir que cuente una anécdota sorprendente, reservándome identificar al protagonista:

En los inicios de la primera década de los 2000, invité a un amigo, muy alto representante diplomático de *Rusia* con notable influencia internacional desde los tiempos de la extinta *URSS*, a conocer desde mi casa la magna procesión del *Corpus Christi* de *Toledo*. Y estando asomado al balcón del salón, justo al paso de la soberbia *Custodia de Arfe* con la *Sagrada Forma* cobijada en su *Corporal*, tan cerca que casi se podía tocar con las manos, este buen amigo hincó las rodillas en el suelo, inclinó la cabeza y se santiguó con la mano izquierda, a la manera ortodoxa. Los que allí estábamos nos quedamos sorprendidos pues sabíamos de sus orígenes comunistas. Al poco, habiendo acabado la imponente procesión, discretamente me acerqué a mi amigo y le pregunté:

- “Perdona, te has arrodillado y santiguado al paso del Cuerpo de Cristo ¿Eres creyente?”.

Él contestó:

- “No lo era pero ya lo soy”.

Con evidente curiosidad, le pregunté:

- *“¿Desde hace mucho?”*
- *“Pues te voy a contar” – Respondió.*
- *“Hace unos años me invitaron como diplomático a una visita oficial a Israel, y entre los actos se incluía una visita a la Basílica del Santo Sepulcro, que está bajo custodia compartida de ortodoxos, armenios y católicos. Y estando en el interior del edículo [se refería al templete que guarda en su interior la tumba donde, según la tradición, se depositó el cuerpo yacente de Jesús], tuve una experiencia mística. De modo que al regresar a Moscú me convertí. Y terminé estudiando teología en París. Así que soy diplomático y teólogo”.*

Ante la cara de asombro que debí poner, añadió:

- *“De todos modos, durante el régimen comunista, todos los niños, todos sin excepción, fuimos bautizados en la clandestinidad. Incluso los hijos de los dirigentes políticos del partido”.*

Como dato curioso, cuando le dije que jamás hubiera imaginado que él fuera *ortodoxo*, contestó:

- *“A mí no me gusta distinguir entre católicos y ortodoxos. Prefiero decir cristianos del Este y cristianos del Oeste. Así que yo soy cristiano del Este”.*

Tal y como me lo contó lo dejo aquí transcrito. Evidentemente, por puro respeto, no le pregunté cómo fue la experiencia mística que le hizo cambiar su vida y sus creencias de un modo tan radical.

Para terminar, no quiero dejar pasar un consejo que en ese viaje del que les he hablado a *los Santos Lugares* con el *Capítulo de Caballeros del Santo Sepulcro de Toledo*, nos dio nuestro guía, el padre *Emérito*, de la orden franciscana, durante una de las numerosas rutas que hicimos por los territorios de *Israel y Palestina*. En uno de esos recorridos, teniendo frente a nosotros por primera vez el mítico *Lago Tiberíades*, también conocido como el *mar de Galilea*, el padre nos dijo repetidamente:

- “*Mirad al lago, y dejad que el lago os hable*”.

Pues bien, recordando a nuestro inolvidable guía en aquella peregrinación, para escribir esta obra, me he esforzado en leer los *Evangelios* con el espíritu observador que nos quería transmitir el padre *Emérito* con su consejo. Ahora, a los lectores que tienen en sus manos este trabajo les pido lo mismo que el padre *Emérito* les pediría:

- “*Dejad que los Evangelios os hablen*”.